



**PASCAL  
QUIGNARD**  
**TERRAZA  
EN ROMA**

La novela más hermosa y enigmática de Pascal Quignard, uno de los principales narradores franceses de los últimos años. Terraza en Roma cuenta la tortuosa historia de Meaume, un grabador francés del siglo XVII que se ve obligado a abandonar todo lo que conoce cuando el prometido de su amante le desfigura la cara con ácido. Una novela desconcertante y muy personal cuyos ecos resuenan en el tiempo posterior a la lectura.

## Capítulo I

MEAUME les dijo: «Nací en el año 1617 en París. En París fui aprendiz con Follín. En la ciudad de Toulouse, con Rhuyt el Reformado. En Brujas, con Heemkers. Después de Brujas, viví solo. En Brujas amé a una mujer y mi rostro se quemó. Durante dos años oculté un rostro horripilante en el acantilado que se alza sobre Ravello, en Italia. Los hombres desesperados viven en ángulos. Todos los hombres enamorados viven en ángulos. Todos los lectores de libros viven en ángulos. Los hombres desesperados viven suspendidos en el espacio como figuras pintadas sobre las paredes, sin respirar, sin hablar, sin escuchar a nadie. El acantilado que domina el golfo de Salerno era una pared que daba al mar. Nunca he encontrado la alegría con ninguna otra mujer. No es la alegría lo que echo de menos. Es a ella. Por eso he dibujado durante toda mi vida un mismo cuerpo en los abrazos con los que siempre he soñado. Los fabricantes de naipes que me dieron su protección mientras trabajé en Toulouse llamaban cartas novelescas a los juegos de cartas cuyos triunfos representaban héroes de novela. Cartas antiguas a las que representaban a los profetas de la Biblia o a los generales de la Historia romana. Cartas eróticas a las que mostraban las escenas que nos engendran. Ahora vivo en Roma, donde grabo estas escenas religiosas y estas cartas escandalosas. Las venden en la tienda de estampas que tiene el letrero de la cruz negra, en la via Giulia.

## Capítulo II

EN 1639, Jacob Veet Jakobsz, orfebre en la ciudad de Brujas, fue nombrado juez electivo del año. Tenía una hija extraña y bella. Era rubia, muy blanca, alta, ligeramente encorvada, con la cintura fina, las manos finas, el pecho abundante, muy silenciosa. El joven grabador Meaume la vio durante la procesión de la fiesta de los orfebres. Él tenía veintiún años. Había terminado su aprendizaje con Rhuys el Reformado en Toulouse. Meaume llegó de Luneville en compañía de Errard el Sobrino, que le dejó después para ir a Mayence.

Su belleza le dejó vacío.

Le atrajo su figura estilizada.

Así que la siguió sin darse cuenta.

Pero ella sí que se dio cuenta. Meaume sorprendió la mirada que le dirigió. Esa mirada vivió en él durante toda su vida. De inmediato le preguntó al maestro con el que trabajaba si podía presentarlos. Su maestro, que era famoso (era Jean Heemkers), accedió a sacarlo del apuro sin hacerle una sola pregunta. Fueron a saludarla. Ella alzó los párpados. Se inclinó, respondiendo a su saludo. Pero no se dijeron palabra. Sólo intercambiaron sus nombres. Desde ese momento, él la espía por todas partes en la ciudad franca. Estuvo en todas las misas a las que ella asistía. Se coló en las ceremonias municipales con diversos pretextos. Fue a todos los mercados. Participó en todos los bailes populares y en todas las fiestas que organizaba la jurisdicción de Brujas.

Ella, por su parte, buscaba su silueta. Lo veía ocultarse tras los parapetos de los puentes en los canales. Tras el brocal de piedra de las fuentes en las plazas. Lo veía confundir su sombra con la sombra negra de los porches y con la sombra más estrecha y amarilla que proyectan las columnas de las iglesias. Atisbar su presencia la llenaba una y otra vez de felicidad. En cuanto él encontraba sus ojos, ella bajaba inmediatamente los párpados. A veces era extraña y se encorbaba, muy pálida, en los rincones, incluso a plena luz del día, y entonces era imposible dar con ella.

Él consiguió hablar con su criada. O tal vez la criada fue a buscarle. Es un dato importante, pero nadie lo sabe. Lo cierto es que por fin se encontraron cara a cara.

Fue en una minúscula capilla lateral. En un ángulo helado. Dentro del gran hospital de Brujas. Hace mucho frío. Están inmersos en la penumbra parda del muro de contención. La criada vigila. Al aprendiz de grabador no se le ocurre nada que decirle a la hija del juez electivo. Entonces toca tímidamente su brazo con los dedos. Ella desliza la mano entre sus manos. Abandona su mano fresca entre las manos de él. Eso es todo. Él le aprieta la mano. Sus manos se calientan, después arden. No hablan. Ella tiene la cabeza inclinada. Luego le mira directamente, a los ojos. Abre sus grandes ojos y le mira. Ambos se tocan en esa mirada. Ella le sonrío. Se separan.

La joven no habla nunca. Es la primavera de 1639. Tiene dieciocho años. Adopta una postura tan tímida que parece un poco jorobada. Tiene un largo cuello. Siempre viste ropas severas y grises. Meaume sabe que está prometida al mayordomo de la casa de su padre, que además es hijo de otro amigo de Jean Heemkers. Desde ese momento, ella se niega a hablar con su prometido. Ni siquiera quiere comer en presencia del hombre con quien debe casarse. Le gusta mucho comer, pero sola, en su cama, detrás de la cortina, con la criada al otro lado de la puerta, sin que nadie pueda sorprenderla llevándose la comida a los labios.

No deja de esperar a Meaume, noche y día. Sueña con comer junto a Meaume, en su cama. Sola con Meaume en la sombra de la cortina cerrada de su cama.

## Capítulo III

MEAUME dijo: «En el segundo encuentro, seguí a lo largo de un pasillo una velita clavada en una copela de cobre».

Y Meaume añadió: «Cada cual sigue el fragmento de noche en el que zozobra.

Un grano de uva se hincha y revienta.

Al comienzo del verano, todas las ciruelas Claudias se agrietan.

¿Qué hombre no ama cuando estalla la infancia?».

Ella dijo: «No lo sé».

Meaume, el aprendiz de Jean Heemkers, sigue la llama, sigue la copela y los dedos rosados, sigue a la criada, sigue los hombros iluminados, sigue la pared de cuero del pasillo. La primera vez que desnuda a la hija del juez electivo de la ciudad de Brujas es en la casa de Veet Jakobsz. Una casa burguesa corriente que da a un canal. Colocan la vela lo más lejos posible. A la luz de la vela, la confusión es mutua, y luego, una vez revelados ambos en toda su desnudez, la audacia es comparable, la alegría súbita, el hambre renace casi inmediatamente. En la hora posterior a la partida de Meaume, el apetito de la joven aumenta cada vez más. En los días que siguen, cuando se encuentra con el grabador, se atreve a todos los gestos que se representan en su alma mientras duerme. Cuando no lo ve, cuando está sola, palidece de deseo. Dice que le duelen los pechos. Le dice que su flor, ahora siempre abierta, ahora siempre perfumada, está empapada a todas horas. Si bien se encuentran a menudo, no pueden unirse en cada cita. Curiosamente, cuando ella gozaba, cuando su cuerpo lo testimo-

niaba con toda claridad, en su rostro nunca se reflejaba la felicidad. Eso asombraba a Meaume el Grabador. Un día, ella le dijo: «Me da vergüenza decíroslo, pero mi vientre es como una brasa». Él le contestó: «No os turbéis al hablarme así. Mi sexo se yergue cada vez que pienso en vuestra mirada, incluso cuando estoy en la calle, incluso cuando trabajo en el taller». Poco a poco, ella empieza a llamarle a cualquier hora. Sin importar lo que dure el encuentro. Aunque sólo sea un minuto. Su propia avidéz, o su inoportunidad, la confunden, pero no puede resistir el deseo de tenerlo a su lado. En cuanto a Meaume, estas llamadas le molestan porque tiene trabajo por hacer para Heemkers y porque la más mínima irregularidad afecta los baños de agua ácida, pero no importa, enseguida acude a los lugares que la criadita le indica.

En el jardín (julio de 1639). En la alcoba, dos veces.

En el sótano, alumbrándose con una linterna sorda de hierro. En la antigua tejería.

En la buhardilla, seis veces.

En la casa de comidas.

Una vez, en una barca que ella alquiló durante todo el día.

## Capítulo IV

EN la casa de comidas. La ventana se abre de repente, con el ruido ensordecedor de un trueno. Sobre los amantes, que están en plena cabalgada, cae de pronto una lluvia de esquirlas. El mayordomo de Jakobsz, que se llama Vanlacre, se ha herido al pulverizar los cristales de la ventana. Vacila. Le sangra el labio. Quita el tapón del frasquito de cerámica que tiene en la mano. Está a punto de lanzar el contenido de una botella de aguafuerte sobre Meaume, que se ha separado del cuerpo desnudo y tan blanco de la hija de Jakobsz. Meaume intenta ponerse de pie, todavía tiene el sexo viscoso y azul, quiere plantarle cara a Vanlacre, avanza, se aparta, retrocede. Es un momento tan ridículo como inútil. El prometido de la hija de Jakobsz ha tirado el aguafuerte. La barbilla, los labios, la frente, el pelo y el cuello de Meaume se queman. El ácido alcanza la mano de la hija del juez electivo, que da un alarido. Todos gritan, tan intenso es el dolor de cada uno. Llevan a Meaume a casa de su maestro. Heemkers llama a un médico, que cuida a su discípulo. Los ojos no han sufrido daños. Ya tiene toda la cara abotargada.

Después, las heridas se llenan de pus. Sufre de un modo horrible. Cuando baja la fiebre, Meaume quiere encontrarse de nuevo con la hija del juez electivo. Va a ver a la criada.

La criada le dice que su señora no desea recibirle. Y añade que su señora no se ha interesado por el estado de Meaume mientras éste ha estado enfermo.

—¿Y eso qué quiere decir? —pregunta Meaume.

—Pues que es su voluntad —contesta la criada, incómoda. Meaume escribe a la hija de Jacob Veet Jakobsz.

El gran Heemkers, que es amigo de Jacob Veet Jakobsz, se deja influir por éste (sin ocultarle a Meaume la autoridad que ejerce sobre él el magistrado, que hace poco más o menos lo que le place en la ciudad franca de Brujas), sermonea a Meaume para que no vuelva a molestar a la hija de su amigo. El joven Vanlacre tiene que pagar una multa. Heemkers obliga a su aprendiz en el arte del grabado al aguafuerte a aceptar la cantidad fijada por el juez. Meaume se embolsa la suma. El joven grabador, a quien el abandono de la hija del juez electivo y su silencio siguen torturando, parece bastante tranquilo. Ha reanudado su trabajo en el taller de Heemkers. Barniza las planchas con el tampón. Afila sus punzones en la piedra dos veces en lugar de una.

Justo en ese momento, la muchacha le hace llegar una carta.

## Capítulo V

La carta de la hija de Jacob Veet Jakobsz dirigida a Meau-me:

*«He recibido con agrado vuestra carta, que pide noticias de mi mano. Da fe de vuestro afecto y os lo agradezco. Tiene una brecha, pero no está muerta. Puedo mover todos los dedos que Dios ha tenido a bien darme. Incluso puedo agitarlos sin dificultad. Me ayudan a escribiros sin que la crispación se apodere de ellos o estorbe su movimiento. Habéis añadido un hermoso regalo, que me ha complacido. El retrato que habéis hecho de mi rostro y mi pecho me favorece, tan hábil es vuestro arte. El marco de conchas rojas es bonito. He cortado el pecho con las tijeras, porque lo habéis grabado desnudo y no me ha parecido decente. Cuando hace un rato, después de comer, mi mirada ha tropezado con vuestra carta y ese pequeño retrato mío que os habéis dignado hacer con el punzón, los ojos se me han llenado de lágrimas, porque os digo adiós. Anteayer os estuve mirando en la iglesia. Ayer os vi bajar por el callejón y entrar en la tienda de vuestro maestro. Ahora sois horrible. Además, al recordar vuestra riña con Ennemond, me doy cuenta de que peleáis muy mal. No se puede pelear peor. Sobre todo, me reprocho haberme ofrecido a vos con impudor. He pensado en ello y me arrepiento de verdad. Así que, hace una*

*hora, fui a buscar a mi padre para pedirle que adelantase mi boda con el que me quemó la mano al lanzar la botella, y él considera que tras el desagradable escándalo que esta querella ha causado en nuestra ciudad, y puesto que los esponsales ya se han celebrado, la noticia será bienvenida. Para vos, mi puerta siempre estará cerrada. No volveremos a vernos.*

*Nanni».*

## Capítulo VI

UNOS días después, una mañana de agosto de 1639 que había amanecido muy hermosa, Nanni le despierta. Meaume no da crédito a sus ojos. Está allí, en su buhardilla. La muchacha a la que ama ha vuelto. Se inclina sobre él. Le está dando golpecitos en el hombro. Él está desnudo. Ella no codicia su desnudez. Al contrario, le arroja una camisa sobre el vientre. Le dice en voz baja, con tono de urgencia: «¡Escuchadme! ¡Escuchadme!».

Se vuelve como si alguien la persiguiera. Sus rasgos son los de una mujer que tiene miedo. La angustia resplandece en sus ojos. Su rostro es rosado, dulce, largo, enflaquecido, grave. Tiene ojeras. Se ha recogido con sencillez el largo cabello detrás de la toca gris. Lleva un vestido gris, una gorguera blanca. Está más bella que nunca. Se inclina sobre él.

—Tenéis que iros de inmediato.

El durmiente se sienta en el lecho. Se frota los párpados. Se alisa el pelo como puede.

—Tenéis que abandonar la ciudad hoy mismo.

—¿Por qué?

—Enseguida.

—¿Por qué enseguida?

—El va a venir. Quiere mataros.

Toca la cara de Meaume con expresión de horror y le dice:

—Me gustaba el rostro de antes. Me entristece que lo hayáis perdido.

—¿Qué habéis hecho? ¿Por qué tengo que irme a toda prisa? —pregunta Meaume apartando con violencia su cara y su pelo de las manos de Nanni Veet Jakobsz.

Ella guarda silencio. Acerca despacio la mano a la camisa con la que ha ocultado la desnudez del pintor. A través de la tela aprieta con suavidad, y luego empuña el sexo que se tensa bajo la camisa. Le mira. Suelta bruscamente el sexo que ha endurecido. Le dedica una hermosa sonrisa. Pero le dice, dejando de sonreír:

—Porque le he dicho que os amaba. De repente, se echa a llorar. Se suena.

—Os habéis convertido en un hombre realmente horrible —le dice.

—No puedo evitarlo.

—¡Francamente, no os veis a vos mismo!

Ella vuelve a meterse el pañuelo en la manga. Le dice:

—Yo quería que os matara. Ahora no quiero que os mate.

Apenas pronunciadas estas palabras, él se aparta de sus brazos.

Se levanta, se viste, baja dos pisos, llega a los aposentos privados de su maestro, se entrevista con él y con su esposa. Se marcha sin perder un momento.

Meaume dice: «Me llevaba mi pobre canto a otra parte. Al igual que hay una música de la perdición, hay una pintura de la perdición».

El agua ácida es más extraña que un color.

Como tenía el rostro quemado, los que le conocían ya no podían reconocerle.

Convirtió una desgracia en una oportunidad. Cambió su apariencia y empezó a robar en Brujas. Se trasladó a Amberes sin que nadie se enterase y siguió robando. Robaba, pero la amaba. Inexplicablemente, cuando descubrió que sólo la amaba a ella dejó de robar y de buscar la voluptuosidad en compañía de las muchachas de la calle, que no se sentían asqueadas al ver su rostro; o para las que, más sen-

cillamente, el dinero era una distracción. Se fue a Mayence. En Mayence, Meaume el Grabador encontró de nuevo a Errard el Sobrino, con quien compartió una habitación caldeada. La habitación era lo bastante grande para guardar las planchas, los barnices, la caja, el caballete, las plumas de paloma, los baños. Un año después, en 1640, la vio. Son las primeras horas de la tarde. Está sola, vestida de azul y amarillo, delante de la magnífica campana de oro del callejón de los Orfebres de Mayence, esperándole.

Una vez más, él es incapaz de apartar sus ojos de la joven.

Se detiene. Ella le atrae más que nunca. Se acerca a él, inclinando ligeramente la cabeza. En respuesta a una de sus preguntas, ella confirma que está casada desde hace diez meses. A una nueva pregunta contesta que sí, que tiene un niño. ¿De quién? Ella no contesta. Alza la mirada. Ríe. Le coge de la mano.

—Ven —dice.

—No —contesta él.

La mira. Luego dice que no con la cabeza. Y sale corriendo.